

FRANÇOIS C. GERARD
 Universidad de Waterloo, Canadá

JOHN MAIN: UN MÍSTICO TRINITARIO

En la medida en que nuestra fe sea vista como un movimiento de la persona hacia Dios solo podremos permanecer egocéntricos, aferrados a la tierra. Pero al comprenderla como el movimiento de Dios hacia las personas, nos descubrimos capturados en ese movimiento en su propia profundidad, auto-trascendiendo y regresando al Padre a través del Hijo. Otro nombre para este movimiento es amor.

John Main ¹

Si describiéramos el peregrinaje espiritual y las enseñanzas de Dom John Main en una oración o una frase, se podría sugerir que él descubrió y vivió la simplicidad del Evangelio.

La simplicidad lo sumergió en las profundidades de la Presencia Divina, el misterio de la relación del Padre y el Hijo en el amor del Espíritu Santo. El silencio le proporcionó al Padre John la conciencia de ser conducido al amor de Dios a través de la identificación en su ser interior con el Cristo Resucitado, el Cristo Eterno. Jesús oró por sus discípulos, «Padre, Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos».²

Estar en Dios como Cristo está en Dios y estar en Cristo como Dios está en Cristo a través de la presencia del Espíritu es el misterio de nuestro ser y la gracia de nuestro llamado. Vivenciar esa unión es estar «atrapados» en ese movimiento recurrente. El Padre John habla constantemente sobre estar atrapado en el misterio que está «completamente fuera de nuestro alcance y que sin embargo nos contiene». La meditación debe llevarnos al completo silencio, al vacío necesario del desierto precisamente porque el misterio, la «paradoja», nunca puede ser comprendida: la meditación es la conciencia silenciosa del misterio de Dios en nosotros. Reflexionando sobre la Eucaristía, el Misterio de Koinonia, el Padre John Main escribió lo siguiente:

La experiencia religiosa nos lleva a encontrar y a entrar en la paradoja básica: que el misterio está al mismo tiempo fuera de nuestro alcance y aun así nos contiene. Y es así que nuestra respuesta al misterio es siempre reverencial — una reverencia que nos lleva al silencio, a la quietud y a la sensibilidad que está siempre profundizándose. Es cada vez más profunda precisamente porque la paradoja misma se profundiza y nunca puede ser comprendida o resuelta. Puede ser conocida y aceptada únicamente como lo *tremendum et fascinans* (tremendo y fascinante) que es; infinitamente grandiosa y creando en nuestros corazones un anhelo infinito que sólo su grandeza puede llenar.³

El Padre John empieza su peregrinaje espiritual hacia el misterio de Dios en su realidad, no en un esfuerzo fútil de análisis y mediciones que eluden eternamente la comprensión de nuestro entendimiento, sino permitiéndose estar totalmente inmerso en la vida de la Santísima Trinidad vivida al centro de su ser en constante expansión. En este sentido John Main fue un Cristiano Trinitario; en otras palabras, él estaba libre de un ser creado al que había integrado completamente y que había abandonado felizmente para permitir al Ser de Dios, el amor de la Santísima Trinidad, crecer al centro de su conciencia. Ahí él sabía perfectamente quién era. Estaba atentamente presente a sí mismo porque se había abandonado al Otro, «en quien», como San Pablo dice, «vivimos, nos movemos y existimos».⁴

Las enseñanzas de San Pablo parecen aquí señalamientos imperativos. Debemos encontrar nuestro verdadero ser en una relación de creatura a creador. Somos dependientes por naturaleza. Para ser, el cristiano debe perder su ser finito en el Ser infinito de Dios. La meditación nos da la libertad para aceptar nuestra realidad, para descubrir nuestro ser liberado. En la meditación, dice el Padre John:

permaneces quieto y en esa quietud empiezas a ganar la sabiduría de ver que puedes ser solamente tú mismo, puedes convertirte en ti mismo; esa persona que fuiste creado para ser, si estás dispuesto a abandonarte. La verdad que puedes descubrir de tu experiencia es esta: que cualquiera de nosotros sólo puede encontrarse a sí mismo en el otro. Ningún grado de auto-análisis o auto-examen te revelará quién eres. Pero si puedes quitar el foco de tu atención de ti mismo y proyectarlo hacia adelante entonces descubrirás al otro y al descubrir al otro, te descubrirás a ti mismo. El otro es el fundamento de Todo Ser, al otro lo llamamos Dios, Sabiduría Suprema, Ser Supremo, Amor Supremo. El nombre no es importante. De hecho, en la meditación y en el silencio, el silencio total, vamos más allá de las palabras a la realidad.⁵

Un teólogo que sucumba a la tentación de sistematizar el pensamiento del Padre John y arriesgue traicionarlo, diría que el monje benedictino reformuló una antigua ontología cristiana de tradición agustiniana y un entendimiento del ser humano enraizado en la experiencia mística de la Santísima Trinidad. El sugeriría más adelante que el místico del siglo XX era capaz de cursar su propio viaje espiritual y al mismo tiempo mantenerse fiel a una dirección ortodoxa.

Es interesante notar que el texto del subtítulo del último libro de Dom John, publicado póstumamente, dice «El camino de la meditación». Esta frase simple nos recuerda que la única intención del maestro no es articular para nuestro bien una exposición sobre teología espiritual, sino acompañarnos en nuestra búsqueda de la absoluta simplicidad.

El Padre John era un maestro y un líder en la tradición de San Benito, a quien caracterizó como un líder heroico. Tal como uno esperaría, la inspiración de Benito fue una influencia determinante en la formación de su perfil monástico:

Considero que San Benito es un modelo heroico porque su visión de la vida cristiana de la que escribía en su Regla es una visión de vida que está constantemente expandiéndose. Los horizontes están siempre abiertos y para él la razón de esto es que la vida cristiana es una apertura a la maravilla y al misterio de Dios. El misterio y la maravilla que son en sí mismos infinitos.⁶

El Padre John no era un padre negativo, paternalista, en el sentido de la palabra; {el no asume la responsabilidad de nuestro peregrinaje. Él sabía por medio de la experiencia y del instinto espiritual que uno tiene la responsabilidad inevitable de caminar solo en el poder del Espíritu de Dios, porque cada uno de nosotros es absolutamente único en esa relación «Yo-Tú». Esto quizás sea otra razón por la que él nunca se sintió obligado a dar un marco teológico rígido y formal a su liderazgo y enseñanza espiritual.

Y sin embargo, la teología está ahí, sólida, profunda, bíblica y ortodoxa. Parece que ha llegado el tiempo de delinear esa teología sin fundirla en un molde, sin importar la dificultad del ejercicio. Debemos tener presente que progresar espiritualmente no es el resultado de una pesquisa intelectual sino el fruto de una dilatada experiencia.

Los trabajos de John Main que han sido publicados o grabados en casetes forman parte de una colección sustancial de enseñanzas proporcionadas a grupos de meditadores, religiosos y laicos y representan un periodo de más de 10 años de enseñanzas. Un libro, en particular, ocupa un lugar ciertamente importante. Me refiero a *De la palabra al silencio (Word into Silence)* publicado en 1980. Un lector de John Main se siente en la obligación de regresar una y otra vez al mensaje central de *De la palabra al silencio*, porque allí encontramos la esencia de su enseñanza profunda.

Como el leitmotiv de una gran sinfonía, el tema aparece repetidamente en la organización de muchos libros, folletos y artículos; pero es claramente identificable apenas uno haya estudiado con atención *De la palabra al silencio*.

Es primeramente desde esta fuente de información que debería examinarse el punto principal de lo que llamamos acertadamente la teología espiritual de John Main o su comprensión de la oración profunda.

Como dije anteriormente, el Padre John nos invita a explorar la naturaleza de nuestro ser humano como precondition para la integridad, serenidad y armonía. Él está convencido que a menos que tengamos una relación sana con nuestro ser no podremos esperar que un peregrinaje religioso nos lleve a ninguna parte. Para que sea relevante y efectiva, una relación con Dios debe estar arraigada en el autoconocimiento, la auto-reconciliación y un verdadero amor por uno mismo. El conocimiento de nuestro propio ser, o mejor expresado, la búsqueda de nuestro verdadero ser es de hecho un signo de la gracia divina y el mejor lugar por donde comenzar. A medida que nos movemos de la periferia al centro, desde la complejidad a la simplicidad, de la inmersión hacia la soledad, de la palabra al silencio, de la acción al ágape, de la muerte a la vida, abandonamos un ego que ha estado condicionado por un mundo de ilusiones y alimentado por estímulos.

Tenemos la «nube del olvido» detrás de nosotros y en un salto de fe entramos a la «nube de lo desconocido» donde nuestro verdadero ser es el mismo Ser de Dios, el fundamento de todo ser, la fuente de todo amor, la consumación de nuestro destino humano. En otras palabras, el peregrinaje espiritual empieza, para el Padre John, en el nivel de la conciencia donde la conversión, *metanoia*, nos llama a ir más allá de la ilusión a la realidad. Es realmente el comienzo del Evangelio. Refiriéndose una vez a grandes personalidades cristianas de nuestros días, el Padre John advirtió que todos ellos daban testimonio de la experiencia crucial de conversión al Reino «que está cerca».

Ellos daban testimonio del fundamento central de la experiencia y convicción cristiana: que una vez que el compromiso interno — o, en el lenguaje antiguo, la conversión — haya tomado lugar, estaremos en camino a la realización, no la erradicación, de nuestra condición de persona; que, una vez que hayamos perdido nuestra vida, ciertamente la encontramos. Ello nos recuerda también la promesa de Jesús de que él había venido a traernos «vida y vida en toda su plenitud». Es esto lo que nuestros contemporáneos están anhelando creer y experimentar por sí mismos.

7

Para el Padre John, es a través de la conversión o la integración de nuestro ser en el Ser de Dios que descubrimos la realidad y la experiencia que llamamos auto-trascendencia, en lugar de autorrealización; esta última es un cultivo del ego, la anterior es una apertura a lo absoluto de un amor incondicional. La búsqueda por el ser y la necesidad de amor son uno y el mismo objetivo.

El primer paso de la personalidad es permitirnos ser amados. El Espíritu Santo fue enviado al corazón humano para facilitar esto, para tocarlo, para despertarlo, para atraer la mente humana hacia su luz redentora.⁸

A menudo el fracaso de una persona para comprometerse o progresar en un viaje espiritual es sintomático de su fracaso para encontrarse a sí mismo. John Main mira los ejercicios espirituales, la búsqueda espiritual y la disciplina de la meditación primeramente como un proceso simple mediante el cual la persona se prepara para estar en paz con su realidad interior, con su ser interior. Sólo entonces puede apreciar y vivenciar la paz interior que es la paz de Dios dentro de sí. Es cierto, sin embargo, que el objetivo de nuestra travesía es encontrar a Dios. Tal objetivo nunca será alcanzado a menos que nuestro caminar diario esté sostenido por un claro entendimiento de qué y quién somos como seres humanos y como creaturas en nuestra relación con el creador.

El primer paso en nuestro peregrinaje espiritual, por tanto, es decidir querer ser amados y estar en paz con nosotros mismos. Esto ocurre a través de la transformación de nuestra conciencia a medida que gradualmente descubrimos la belleza de nuestro ser. La disciplina de la meditación nos permite precisamente eso: volvernos conscientes de nuestro ser y ver en última instancia que la realidad de nuestra vida no existe separada de la realidad de Dios. Dios es el único que da vida, significado y propósito a lo que estamos destinados a ser y a lo que realmente somos en Dios en este momento. El Padre John nos desafía a prestar atención a nuestro ser y al centro de nuestro ser, al misterio de la Presencia Divina. Debemos concentrarnos en nuestro ser, ocuparnos de nuestro ser con la expectativa de que el nivel más elevado de nuestra conciencia, la realidad de nuestra vida será fusionada con la realidad del Ser Absoluto, la realidad de la vida de Dios.

John Main se refiere a ese momento en nuestro crecimiento espiritual como la experiencia de «destrozar el espejo». Cuando estamos unidos a Dios «como nuestra fuente de poder supremo», rompemos la pantalla de la «hiper-conciencia del egoísmo». Para él el pecado original es la conciencia de sí o la conciencia dividida; el resultado del pecado es un espejo, por así decirlo, entre Dios y nuestro ser, reflejando solo nuestra imagen y no la imagen de Dios que en la creación es entendida como nuestra verdadera identidad. El espejo, dice el Padre John, debe ser hecho añicos y la meditación es la herramienta de restauración.

El propósito de la meditación es hacer añicos el espejo para que no podamos mirar los reflejos de las cosas y consecuentemente ver todo al revés, incluyéndonos a nosotros mismos. La esencia de la meditación es conquistar el Reino de los cielos. El espejo debe ser roto. Y Jesús habla sobre superar la conciencia de sí mismo, el reflejo del yo, cuando dice que nadie puede ser su seguidor a menos que deje el yo atrás.⁸

Reflexionando sobre la situación de la persona moderna en términos generales, y en los muchos cristianos que consideran la mayoría de las discusiones teológicas irrelevantes, pero que no conocen cómo vivenciar el poder del Evangelio de Cristo personalmente, John Main los invita a sacar provecho de las fuerzas desconocidas que trabajan en el ser interior.

Hoy día las personas están buscando los frutos permanentes del Espíritu: paz, libertad, alegría, la liberación y el poder de amar. Sobre todo, están buscando el valor y la fortaleza de ser. La persona moderna conoce con una perspectiva peculiar que este descubrimiento requiere reconciliarse consigo mismo en lo más simple y fundamental. Este es el trabajo preliminar que debemos emprender. Como diría San Agustín, «la persona primero debe restaurarse a sí misma, hacerse un peldaño y elevarse de sí misma a Dios».¹⁰

A medida que nos embarcamos en nuestro peregrinaje espiritual la disciplina básica es prestar atención, estar alerta, despertar al esplendor de nuestra condición de ser creados. Al ser creados por Dios, tenemos un origen divino que es la fuente de nuestro ser, la energía de nuestras acciones, la restauración de nuestro ser, el objeto de nuestra alegría. Sin embargo, no podemos ser conscientes de la belleza de la creación a nuestro alrededor y en nuestro interior si no compartimos la misma gloria de nuestro Creador, una gloria que descubrimos al centro de nuestra conciencia a medida que comenzamos a vivir nuestra vida desde el poder del Divino Maestro. Esto, por supuesto, es el secreto y el fruto de una oración profunda, la oración de unión silenciosa.

La experiencia de la oración es una experiencia de entrar en unión total con la energía que creó el universo. Lo que la Cristiandad tiene que proclamar al mundo es que esa energía es amor y es el manantial del cual toda la creación fluye. Es el manantial que nos da a cada uno de nosotros el poder de ser la persona que somos llamados a ser —una persona arraigada y fundamentada en el amor.¹¹

Nuestra experiencia espiritual, según John Main, no debería limitarse a nuestro asentimiento intelectual a una serie de proposiciones teológicas. La realidad espiritual tiene una dimensión existencial que le da autoridad; de ahí la importancia de experimentar nuestra propia creación. En este sentido, debemos tratar de no *pensar* en Dios como Creador, sino estar con Él y conocerlo a Él como fundamento de nuestra existencia. La experiencia es sumamente simple.

Estar con Dios no requiere palabras, pensamientos o discursos, sino la conciencia silenciosa de una Presencia. John Main asume el papel de profeta de nuestra generación, recordándonos que nuestro peregrinaje espiritual no tiene futuro a menos que tengamos el valor de volvernos más silenciosos. Nuestro viaje interior ni siquiera empezará a menos que estemos dispuestos a aceptar la disciplina del silencio. El silencio nos enseña que no debemos capturar a Dios si pensamos en Él, porque Dios es un misterio infinitamente más allá de nosotros y sin embargo íntimamente dentro de nosotros.

El silencio nos libera de nuestras limitaciones del lenguaje y del pensamiento mediante los cuales tenemos la inclinación de reducir a Dios al entendimiento antropomórfico que tenemos de Él. El silencio nos permite estar en comunión con Dios tal como Él es y no con la imagen divina creada por el ser humano. El silencio crea espacio, por así decirlo; nos abre al misterio integral de lo Divino en lugar de restringirse a la materialidad concreta de un ídolo.

El Padre John distingue dos clases de silencio — el «silencio del olvido» y el «silencio de la conciencia plena» — y atribuye a este último el poder de la revelación. El silencio revela la Palabra, libre de la intelectualización humana:

Lo que nos saca del silencio muerto al viviente, el silencio consciente que nos lleva al conocimiento de nuestra unión con Dios, es la Palabra convertida en vida, activa mediante el poder del Espíritu moviéndose en nuestro corazón. La experiencia personal de este poder es el destino del peregrinaje cristiano de la oración. A medida que seguimos el peregrinaje crecemos en una simplicidad más profunda y en un encuentro aun más nítido e inmediato. Le damos cada vez menos importancia a «experimentar la experiencia» y permitimos que la experiencia sea, que emerja, que se expanda, y que nos transforme. ¹²

Estamos impregnados por la Luz del Espíritu Santo tanto si somos conscientes o no del fenómeno místico. A propósito de «aprender a estar en Silencio», el Padre John Main comenta en el primer capítulo de *De la palabra al silencio*:

En la meditación nuestra calma (el silencio) no consiste en un estado de mera pasividad, sino en un estado de total apertura, de absoluta atención a la maravilla de Dios, autor y sustento de nuestro ser, siendo plenamente conscientes de que somos uno con él. ¹³

La meditación es un proceso de revelación y su enseñanza es a lo que estamos llamados, a esa plenitud de vida por la cual Pablo oró en nombre de los efesios: «También ruego que arraigados y cimentados en amor, ustedes sean capaces de comprender con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, del amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento, para que sean llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios» (Ef. 3:17-19).¹⁴

John Main nos invita a entrar a la meditación precisamente para buscar esa plenitud de vida que ya está morando en cada uno de nosotros. Esta es la plenitud de la vida del Cristo Resucitado que el Espíritu Santo, del cual somos templos, presenta como un sacrificio de alabanza a la gloria del Padre. Así es como él habla de nuestra condición humana vista desde una perspectiva de fe:

Se nos ha permitido acceder a la esfera de la gracia de Dios donde nos hallamos ahora. Jesús nos ha abierto el camino, y a través de su propia experiencia nos ha incorporado a su estado presente, que consiste en la comunión gloriosa con el Padre en su vida resucitada, una vida que ahora impregna toda la creación. Permanecemos en la esfera de la gracia de Dios porque nosotros estamos donde está Él y Él se halla donde estamos nosotros. Vivimos en Él y su Espíritu mora en nosotros. ¹⁵

El Padre John no duda en decir que somos infinitamente santos y, de hecho, somos llamados a ser verdaderamente divinizados. Al compartir un asunto apreciado por los místicos ortodoxos orientales, él sabía que «nuestra vocación consiste en mirar y contemplar la divinidad en sí, para ser de este modo divinizados». ¹⁶

En la meditación nos damos cuenta de la profundidad de nuestra unión íntima con Dios nuestro Padre a través de Cristo y el Espíritu Santo. Ahí en el centro de nuestro ser somos purificados en mente y corazón, totalmente abiertos al trabajo transformador del amor de Dios por nosotros. De manera silenciosa y pacífica reflejamos en todas nuestras relaciones humanas la luz y la calidez de ese amor.

Estar perfectamente en armonía con Dios en la tranquilidad del corazón es el fruto de la meditación ofrecida por el Padre John, no solo a sus hermanos y hermanas benedictinos, sino a todos los cristianos.

La tradición que seguimos como monjes benedictinos nos llama a entender y a vivir nuestra oración como una comunión silenciosa dentro de nuestro corazón. La unión nos trae a la comunión, que es una unidad con Dios y una unidad con todo. Es una comunión que es indescriptiblemente enriquecedora porque nos lleva justo fuera de nosotros hacia una unión con todo, con el Todo, con Dios. Unidad, unión, comunión, es el triple crecimiento de un cristiano. 17

El Padre John dice que en esa etapa del crecimiento espiritual hemos encontrado nuestro camino de vuelta hacia nuestro centro creado donde se alcanza la plenitud y la armonía. Somos plenamente conscientes de nuestro ser y estamos plenamente vivos para otros y para Dios. La disciplina constante de la meditación nos ayuda a permanecer dentro de nuestro ser y así en la presencia de Dios nuestro Creador. Ahí no pensamos más sobre el pasado o el futuro sino que estamos inmersos en la simplicidad absoluta del eterno ahora de Dios. La libertad es el fruto y la señal de nuestra nueva comprensión de la realidad.

Vivir en el ahora de Dios requiere que abandonemos todas las imágenes falsas de nuestro ser, todo sueño insustancial de lo que podríamos haber sido, toda ilusión creada por los estímulos de nuestro ego periférico.

Nos volvemos conscientes de estar atravesando por un nuevo nacimiento. Primero somos deshechos mediante la experiencia del morir de Cristo dentro de nuestro ser. Nos volvemos conscientes de estar siendo renovados y luego de estar siendo constantemente creados y de nuestro surgimiento del amor creativo del Padre, regresando a su abrazo eterno. El Padre John puede hablar de un cambio *radical*:

Somos literalmente hechos de nuevo al adentrarnos en el núcleo cada vez más profundo de nuestro ser, percibiendo cada vez mejor la armonía de todas nuestras dimensiones y energías en ese centro definitivo de nuestra existencia, que es la médula y fuente de toda vida, el núcleo del amor trinitario. 18

Somos transformados en el centro mediante la contemplación de Dios, el Ser Absoluto en cuya realidad *existimos*. Por lo tanto no debemos hablar de egocentrismo, de lo que es terrenal y bajo el cautiverio del ego, sino de estar centrados en el otro. En la espiritualidad de John Main, María es el gran ejemplo de centramiento en el otro porque ella es fundamentalmente un ejemplo de pobreza.

Esa pobreza es la consecuencia inevitable de girar el proyector de la conciencia de nosotros hacia el Otro — el Señor morando en nosotros. Esa es la perspectiva esencial cristiana, que María ejemplifica en el Evangelio de Lucas: una pobreza de espíritu que es en sí misma una pureza de corazón porque es inmaculada de la intrusión de lo egotístico que busca una experiencia, deseando santidad, reificando al Espíritu o creando a Dios a su propia imagen. María revela la simplicidad básica de la respuesta cristiana de la pobreza de espíritu, que consiste en volverse enteramente a Dios, enteramente lejos de sí mismo. 19

«Volverse enteramente a Dios» para María y muchos cristianos es compartir la vida misma del Cristo Resucitado cuyo Espíritu llena nuestro interior. «Estar centrado en el otro» es de hecho «estar centrado en Cristo». Llamamos al Padre John Main un místico trinitario precisamente por esa relación Cristocéntrica. El Cristo Resucitado cuya conciencia humana — la conciencia humana de Jesús de Nazareth — compartimos en el nivel de nuestra creación común, es nuestro camino, el *único* camino para el Padre John, hacia un nivel más elevado de conciencia donde somos transformados, divinizados. El Cristo que mora en nuestra realidad humana es el Señor Resucitado, quien ha regresado al Padre y ha vuelto a participar de la escena histórica en Pentecostés en la unidad de la Trinidad.

La promesa se ha cumplido; Cristo continúa estando con nosotros, para nosotros, dentro de nosotros, en su comunión con el Padre en la luz, amor y poder del Espíritu. El Espíritu dentro de nosotros constantemente ora «Abba, Padre».

Cristo es conocido en un nivel profundo de inmanencia, de intimidad en nuestro ser interior, como el Dios interior, y este es el misterio de esa Presencia divina que llamamos el Reino.

Vivir esa realidad, esa Presencia, ese misterio, es para el Padre John la vocación de todo cristiano. En el bautismo es significado sacramentalmente al morir con Jesús a la dimensión egocéntrica de nuestra existencia, y nacer de nuevo en el Espíritu a la dimensión trascendente de su resurrección y su comunión eterna de amor con el Padre. Porque es un misterio — tan completamente insondable a nuestro entendimiento humano, que no podemos ni siquiera desear poseerlo — tiene que ser recibido como un regalo en una actitud de absoluta pobreza, en la experiencia del vacío. El vacío requiere completa abnegación con valor, compromiso y apertura.

Una vez más, el Padre John está alineado con las grandes tradiciones teológicas de Oriente y Occidente. Dios, en quien existimos, en cuyo amor encontramos significado para nuestras vidas y esperanza en nuestro destino final, es absolutamente incognoscible, insondable. La confianza completa de la fe es experimentar en el amor lo que no podemos entender con nuestro intelecto ni abrazar únicamente con nuestra voluntad. Y necesitamos valor para renunciar a nuestro idioma antropomórfico, a nuestro conocimiento discursivo, a nuestra necesidad de conceptualizar y racionalizar, para poder dar un salto de fe. Cuando aceptamos la disciplina de la meditación nos damos cuenta que hemos adorado a Dios desde la imagen que hemos creado, reflejando nuestros pensamientos, ideas, aspiraciones y emociones, para proporcionarnos la seguridad espiritual necesaria para que nos transporte en nuestro propio peregrinar. Somos llamados a vivir una fe pura, nutrir el silencio creativo del desierto sin garantía de que la iluminación y la vitalización que estamos buscando se desplegarán ante nosotros. La experiencia del vacío, sin embargo, es tan importante que debemos sumergirnos en él, y para ello debemos aceptar la «Gran Pobreza del Mantra», que Juan Casiano llamaba «el camino católico de la Oración»: la repetición silenciosa, fiel y amorosa de un único verso o palabra, buscando la conciencia del Espíritu que mora en nosotros en completa quietud y concentración. Meditar con una sola palabra al inicio, sin imágenes ni conceptos ni la curiosidad de la mente analítica es una forma de protesta que implica una decisión firme. Nos apartamos de lo que el Padre John, citando a Casiano, llama el gran peligro de toda oración cristiana:

Reducimos a Dios a nuestro propio tamaño para hablar con Él, haciéndolo un hombre práctico para que lloremos y un ídolo conveniente que nos permita evitar el abismo de Su alteridad. 20

Nuestra alternativa es precisamente el deseo de estar abiertos a ese «abismo de Su alteridad». Palabras, pensamientos e imaginación que intentan definir la realidad e imponer limitaciones en el objetivo de nuestra visión interior hacen justamente lo opuesto.

Al limitar nuestra mente a la Pobreza del Mantra, a la repetición de una sola palabra, aumentamos nuestra capacidad de asombro, siempre profundizando nuestro conocimiento de la armonía de la creación de Dios y nuestra receptividad al trabajo del amor de Dios en la profundidad de nuestro ser. Es por esto que el mantra está arraigado fundamentalmente en el corazón, y no en la mente, aunque se repita mentalmente al inicio. En última instancia el Mantra tiene, en su simplicidad, el poder de integrar mente y corazón. El Padre John lo describe así:

El mantra proporciona esa fuerza integradora. Se parece a un instrumento musical que suena en lo más íntimo de nuestro espíritu, conduciéndonos a una sensación cada vez más profunda de nuestra unidad y armonía esenciales. Nos lleva a la fuente de dicha armonía, a nuestro centro, de manera similar a como el pitido del radar guía a un avión que vuela entre densas nieblas. También nos reestructura, en el sentido de que sintoniza nuestras potencias y capacidades, como un imán que pasa sobre limaduras de hierro y las atrae a sus polos. ²¹

Ahora bien, debemos dejar todo para que podamos descansar en la infinitud de Dios, ofreciendo nuestro ser mismo a Él como un sacrificio viviente en la esperanza de nuestra transfiguración, con la simplicidad de un niño confiado en el poder del Espíritu.

La meditación nos hace más sencillos hasta el punto donde podemos recibir la plenitud de la verdad y del amor. Nos prepara y nos permite escuchar con una atención infantil al Espíritu de Jesús dentro de nosotros. A medida que perseveramos en meditación, entramos cada vez más profundamente en relación con su Espíritu, con Dios cuyo amor mora en nuestros corazones, iluminándonos y movilizándonos.²²

En ese momento el Mantra se vuelve «el murmullo de la oración de Jesús»²³ surgiendo en nuestros corazones, y la oración misma alcanza su propósito - conocimiento de nuestra unión íntima con Dios nuestro Padre, a través de Cristo, en el Espíritu. Habitamos en nosotros mismos de la misma manera que habitamos en Dios; somos encontrados. El papel del Mantra es abrir la puerta al recinto secreto de nuestro corazón donde vivimos iluminados, escuchando constantemente la Palabra Eterna, siempre listos para seguir Su orientación y probar el fruto de Su amor. ¿Deberíamos dejar de repetir el Mantra en ese momento sagrado? No, porque la constante repetición del Mantra mantiene nuestra mente y nuestro corazón atentos a Dios más allá de la mirada instintiva de la Presencia Divina.

Es esencial que el Mantra esté arraigado en nuestro ser, sin embargo llegará el momento cuando en un nivel más profundo de libertad desde nuestro ser periférico empezamos a escuchar al Mantra en lugar de decirlo, dice John Main. En un nivel más profundo entramos en la «nube de lo desconocido» en donde hay un silencio absoluto y ya no podemos escuchar el Mantra. El siguiente fragmento es de una belleza espléndida:

En su esencia, la meditación consiste en el arte de la concentración precisamente porque, cuanto más ascendemos por la loma, más suave es el mantra que resuena en el valle a nuestros pies, por lo que debemos prestar mayor atención.

Entonces llega un día en que nos adentramos en esa «nube de lo desconocido» en la que se da el silencio, el silencio absoluto, donde ya no podemos escuchar el mantra. ²⁴

Naturalmente, no podemos forzar el ritmo de nuestra meditación ni deberíamos sentirnos inseguros de su calidad. La actitud primordial que debemos cultivar es la máxima sencillez a medida que continuamos diciendo nuestro Mantra. No deberíamos estar preocupados sobre nada más ni de la falta de un sentimiento de iluminación. De hecho, la mayor parte del tiempo no experimentamos nada. Pero eso no es lo importante, la luz ya está en nosotros. Somos bautizados hijos e hijas del día; somos hijos de la luz y aquellos que son luz pueden caminar en la oscuridad.

Permanecer fiel a nuestro Mantra requiere valor. También requiere compromiso. Las imágenes usadas por el Padre John Main son todas del Evangelio y él habla de pureza de corazón como una consagración unánime de todo el ser en la búsqueda del Reino. Él no duda en señalar la necesidad de ser firme, totalmente puro; pureza en el sentido ontológico y no en el sentido moral.

Esa pureza, sin embargo, requiere apertura al Otro, a Jesús, cuya presencia descubrimos en los rostros de nuestros hermanos y hermanas, nuestro cónyuge, nuestros hijos, nuestros vecinos. Nuestra relación con Dios se profundiza en cuanto ejercitamos más sensibilidad hacia cada uno de sus hijos. De hecho, la oración y la caridad están tan interconectadas que se nutren espiritualmente una de la otra, por decirlo así. El Padre John se nutrió en una rica tradición benedictina; él tiene esto que contarnos:

San Benito ve estas dos realidades de nuestra vida — oración y comunidad — como esenciales. La atención a nuestros vecinos en amor y a Dios en nuestra oración es para San Benito lo mismo que compartir la oración perpetua de Cristo que es su relación amorosa con su Padre. El monasterio mismo está precisamente basado y arraigado en esta relación amorosa. ²⁵

En diversas charlas dirigidas a nuevos oblatos, el Padre John frecuentemente se dirigía al tema de la gentileza. Uno lo lee a él como lee la Regla de San Benito. Ambos citan las bienaventuranzas. Ambos enseñan el Evangelio. La perfección a la que somos llamados es el amor, el camino de la negación de sí mismo, la fortaleza es el soporte de la comunidad y el regalo del perdón ofrecido y renovado constantemente; las señales son la paz y el gozo. En todo hay armonía, equilibrio, moderación — la sabiduría de Benito.

Uno no podría finalizar esta reflexión del viaje interior sin pensar en sus últimos pasos en la tierra. John Main nos invita a ver la muerte como un proceso largo desde el nacimiento hacia la vida al tiempo que seguimos muriendo al egoísmo de nuestro ser periférico. Desde la conversión a la transfiguración, desde la metanoia a la comunión, somos desafiados a vivir en el ahora. Este es un objetivo imposible a menos que aceptemos que la muerte de la que habla Jesús — «El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna» Jn 12:25 — envuelve nuestro pasado y nuestro futuro en el ahora eterno de Dios.

Significa que debemos aprender a morir al ego y al estado de egoísmo que está por siempre escapándose de la realidad del presente y lamentando su pasado o soñando acerca del futuro. Meditar es aprender a estar presente, estar en silencio. *Permanezcan quietos y reconozcan que soy Dios.* ²⁶

Cuando nos apartamos del ego descubrimos y experimentamos el amor de Dios cuyo Ser es la misma fuente de la persona en la que nos estamos convirtiendo continuamente; también descubrimos que la muerte es una fase esencial de ese proceso.

Es la lección final y la más exigente de todas las lecciones que la vida enseña. Es el significado de la finalidad absoluta de la Cruz, el sin sentido de la Cruz que se abre al universo infinito de la Resurrección. 27

El llamado a la Vida Eterna requiere la conversión radical de la muerte, la prontitud para abandonarse para vivir en el Otro, la generosidad del amor.

La muerte, en la experiencia del Padre John, es un evento de la vida, un evento del amor; y nuestra muerte física es un paso de consagración y plenitud. La muerte es una visión de la vida:

En esta visión vemos a la vida como preparación para la muerte y vemos a la muerte como preparación para la vida. Si queremos hacer frente a nuestra propia muerte con esperanza, debe ser una esperanza construida sobre la experiencia y no simplemente sobre teorías o creencias. Debemos saber por experiencia que la muerte *es un evento de la vida*, una parte esencial de cualquier vida que está en una expansión constante y un misterio autotrascendente. Parece que solo la experiencia de muerte continua del ego puede llevarnos a esta esperanza, a este contacto cada vez más profundo con el poder mismo de la vida. Sólo nuestra muerte al egoísmo puede persuadirnos de que la Muerte es un vínculo que enlaza la cadena de la expansión continua, y el camino a la plenitud de la vida.²⁸

Es tiempo de finalizar este resumen sucinto de la experiencia y las enseñanzas del Padre John Main. El Padre John nos invita a mirar con gran compasión tanto a la humanidad como a nosotros mismos de manera individual.

Hay preguntas que debemos hacernos y de las cuales no tenemos respuestas; preguntas acerca de uno, de la vida, de la trascendencia, del destino. Nos enfrentan con el Misterio Divino en el que Jesús, el Cristo Eterno, encarnado, es el Camino, la Verdad y la Vida. En él contemplamos el Misterio en el que se fundamenta nuestro origen y destino.

El Padre John es un «Peregrino Cristiano» dispuesto a viajar con el mínimo equipaje. Con frecuencia nos pasamos la vida llevando cargas espirituales innecesarias. Él nos invita a la Gran Pobreza del Mantra. Él sabe que una respuesta adecuada a nuestras preguntas nunca aparecerá en fórmulas dogmáticas bien articuladas — por necesarias que sean — sino en la realidad de un encuentro verdadero. El Padre John es también un evangélico en el mejor sentido de la palabra. En Espíritu vive la vida misma del Señor Resucitado. Su interés es la conversión que es el llamado del monje, el profesor, el médico, la enfermera, la madre, etc. Él está dispuesto a confiar en Dios, a ser guiado al límite a través del Espíritu, a traspasar los límites de su indagación en completo abandono de amor con dedicación inalterable, el compromiso radical de un monje irlandés de la tradición celta.

Él no es un teólogo, sin embargo su teología es consistente. Es un profesor preocupado con la realidad existencial de nuestro peregrinaje. El Padre John se mantiene en el ámbito de una perspectiva histórica, en una tradición católica; conoce sus raíces.

Los más de 1500 años de monaquismo benedictino son para él un rico patrimonio y aun así, él debe trazar su propio camino. Quizás él había aprendido de su maestro hindú que aunque nos parezca que el mismo río fluye siempre dentro de sus márgenes, es en realidad una nueva corriente de agua. La vida fue para él una aventura.

Las enseñanzas del Padre John, de hecho al igual que el Evangelio que es su fuente de inspiración, son al mismo tiempo muy viejas y muy nuevas; es la razón por la cual las tomamos en serio.

Este artículo apareció originalmente en *Monastic Studies In Memory of Dom John Main*. Montreal: Mount Saviour Monastery and the Benedictine Priory of Montreal, 1984, pp. 71-87.

Traducción: Elba Rodríguez
Edición: Marina Müller

NOTAS

1. Main, John, *Word into Silence*, London: Darton, Longman and Todd, 1980; New York: Paulist Press, 1983, 37.
2. Juan 17:26.
3. Main, John, *The Christian Mysteries: Prayer and Sacrament*, Montreal: The Benedictine Priory, 1982, 39.
4. Hechos 17:28.
5. Main, John, *Moment of Christ*, London: Darton, Longman and Todd, 1984; New York: Crossroad, 1984, 86.
6. Main, John, *Community of Love*, Montreal: The Benedictine Priory, 1983, 16.
7. Main, John, *The Hunger for Prayer*, Montreal: The Benedictine Priory, 1983, 16.
8. Main, John, *Word into Silence*, 1981, 37.
9. *Moment of Christ*, 50.
10. *Hunger for Prayer*, 24-25
11. *Moment of Christ*, 20.
12. Main, John, *The Other-Centeredness of Mary*, Montreal: The Benedictine Priory, 1983, 9.
13. *Word into Silence*, 8.
14. Efesios 3:19, 20.
15. *Word into Silence*, 75.
16. *Ibid.*, 20.
17. *Moment of Christ*, *op. cit.*, 20.
18: *Ibid.*, 32 & 33.
19. *The Other-Centeredness of Mary*, 15.
20. Main, John, *Christian Meditation; The Gethsemani Talks*, Montreal: The Benedictine Priory, 1976 (2nd ed., 1983), 20.
21. *Word into Silence*, 15.
22. *Ibid.*, 18.
23. *Christian Meditation*, 21.
24. *Word into Silence*, 54-55.
25. Main, John, *The Monastic Adventure*, Montreal: The Benedictine Priory, 1983, 39.
26. Main, John, *Death: The Inner Journey*, Montreal: The Benedictine Priory, 1983, 5.
27. *Ibid.*, 6.
28. *Mid.*, 7.